

ancora

SAN FELIU DE GUIXOLS - 16 OCTUBRE 1958
NÚM. 553 AÑO XI

DESCUBRIMIENTO DE UN MUNDO INNECESARIO



He aquí una noticia sorprendente. Apareció en la prensa diaria hace pocos días. Una de aquellas noticias cuyo interés estriba más en lo que tiene de insólita, de chocante, que por su intrínseco valor, que más que nulo, es negativo.

Nos dicen desde Capri que en un concurso celebrado allí para premiar la mejor definición de aquella isla se otorgó el galardón a una joven israelita que la definió así: «Viviendo en Capri, se da uno cuenta de lo innecesario que es el resto del mundo».

Vaya definicionista!, Qué imaginación tendrá la niña, y con qué fino tacto adulador ha sabido pulsar las intenciones del singular Jurado.

Porqué háy que reconocer que la galantería no puede ser más acertada tratándose de un concurso cuyos fines publicitarios son evidentes. Capri la mundana Capri (aquí sí, señor Batet, que debe estar bien aplicado el epíteto) ha querido, mediante la sanción de un veredicto, ser piropeada mediante una frase completamente original y en consonancia con la fama de paraíso de la frivolidad de que goza.

Tomándolo así, en tono chanzanero y de acorde con el vivir placentero que debe privar en aquellos parajes, la definición premiada nos parece digna de ser esculpida en letras de oro. De oro bien reluciente, y enmarcadas además con brillante pedrería, tal como corresponde a un lugar de ambiente lujoso y «snob». Mejor aun si la frase pudiera entonarse con música de «cha-cha-cha» o ritmo de «ca-

lipso», que, según lo poco que sabemos de estas cosas, debe ser la última palabra en musicología de paraísos cápricos.

Tomándolo así, que es de la única manera como pueden tomarse esas noticias del llamado gran mundo. Tomándolo así, porqué de otra manera no pueden tomarse los aires venidos de climas que, como éste, de tan templados huelen a tórridos.

Pero dáse el caso que la tal noticia del tal concurso vino publicada en diarios de mucha seriedad y mezclada entre otras informaciones de cariz trascendente y que afectan a un mundo muy distinto, y muy distante de aquel en que se mece la caprichosa Capri.

Y ese es otro cantar. Un cantar que no consueña con los devaneos de una isla que considera innecesarios, no sólo las otras islas esparcidas por el globo, sino que le sobran también, según el premiado, incluso todos los continentes, el sexto incluido.

Porque figurémonos que todos tuviéramos la suerte de poder realizar un viaje a la paradisiaca Capri, la única necesaria para el terrenal vivir, según la afortunada jovencita israelí. Que los dos mil quinientos millones de desventurados mortales que tenemos afincadas las plantas en el innecesario resto del mundo libáramos las mieles del inefable país de Capri. Y que todos, al igual que la jovencita de marras y el olímpico jurado que la ha premiado, reputáramos de innecesario todo el enorme engranaje industrial y agrícola a que estamos vinculados. Que toda la ciencia y las artes, toda la riqueza intelectual acumulada a través de los siglos por los desventurados habitantes de los demás países nos resultarán inútiles e innecesarios, y que, gracias al feliz descubrimiento de la única necesaria Capri quisiéramos todos acudir a ella ampa-

Sintoniz

PIO XII

A N C O R A, profundamente contristada, se suma al dolor del Mundo Católico, por el fallecimiento del Santo Padre, Eugenio Pacelli, Apostol excelso de la paz. Nos sumamos al dolor y a la esperanza, puesto que es una hermosa esperanza el contar en el cielo con tan edificante intercesor.

En estos días de dolor, hemos sido plenamente confortados por la devoción y admiración mundiales que, salvando toda frontera religiosa e ideológica, espontánea y unánimemente, han depositado a las plantas de la Ciudad Eterna, el fervoroso homenaje a la bondad y a la inteligencia de Pio XII. Bellas alocuciones y sentidos artículos han sido recogidos en las diarias publicaciones de cada país, con motivo de la muerte del Santo Padre. Unas y otros cuajados de brillantes párrafos, merecidos, justísimos. Nunca el ininterrumpido empleo de superlativos en el enjuiciamiento de una figura humana, había pecado de mesura, pero en el caso de Pio XII todos los elogios que puedan prodigársele son pocos.

Fiel Vicario de Cristo; abnegado. Destacadísimo estadista; santo. Llama de amor a Dios y a prójimo; fuego. Símbolo, por su don de lenguas y por la fuerza convincente de sus espirituales consejos, de la gracia eterna y renovada del milagro de Pentecostés, en la que envolvió durante sus veinte años de pontificado a su amada y cristiana grey.

«Su onda difundióse por toda la tierra, y hasta el final del mundo sus palabras». (Ps. 19, 4)

rados en el mismo derecho de gozar de su omnisuficiencia... ¿Qué pasaría?

No. ¡No! Por favor, no vayamos a Capri. No queramos catar sus delicias. Evitemos el trance de que por haberlas probado nos ocurra como a nuestro padre adán, y tengamos que cargar, en segunda edición, con el castigo por haber delinquido comiendo una nueva manzana prohibida.

Que vivan felices los de Capri. A nosotros tampoco nos son necesarios.

Xavier